

mujer porque asista a los toros, de los cuales oye hablar toda la semana, y por los cuales, el domingo, su hogar se vacía y su bolsillo se chupa. ¿No se presta a peores comentarios que los de *Die Umschau* el hecho de que, ahora mismo, un marido haya matado a su mujer, porque ésta, cansada de tan necio gasto, le rehusaba el dinero para el asiento en los toros?

Es preciso añadir que el comentario de *Die Umschau* es una de tantas muestras de esa idea fantástica que de la mujer española se ha formado, desde el Romanticismo acá, desde que existe un tipo de española de guardarropía en las letras; una española que lleva la navaja en la liga y la ferocidad en el alma. En este particular, los alemanes, que se la echan de documentados, están a la altura del inefable autor de *Sac au dos a travers l'Espagne*, libro que cuento entre los más regocijados de mi biblioteca.

En primer lugar, las generalizaciones son aventuradas. La mujer española, la mujer española... Las hay de todas clases, unas muy buenas, casi ángeles, otras no tan buenas, ni la mitad; y otras, bastante diabólicas. La inmensa mayoría, regulares con tendencia a lo bueno; y, en conjunto, excelentes madres, y personas de inteligencia despierta y viva y cuidadosas de administrar, ahorrar y sostener la casa.

Entre estas categorías de mujeres, que son poco más o menos las categorías universales, el género humano, mujeres como hombres, yo declaro, sin embargo, que no he conocido ni una sola que experimente lo que se llama placer al ver correr la sangre, ni en los toros, ni en parte alguna. Ahí es donde empieza la fantasía germánica.

He oído a todas, sin distinción, expresar repugnancia por la suerte de varas, que es sin duda la más innoble, y que, si no da lugar a asesinatos propiamente dichos — porque no es asesinato la muerte dada a un animal, como no son *cadáveres* (y este error lo cometen muchos, y lo cometió hasta la Academia) los despojos de un cabrito ni de un buey —, origina, al menos, escenas bárbaras. La prueba de esta repugnancia a la suerte de varas, es que, cuando empieza, vuelven la cara o se tapan con el abanico las señoras. En las cuales, al presente, ha decaído mucho el entusiasmo taurino. Otros *sports* y diversiones le disputan la moda. Son los hombres, y es en particular el pueblo, el que ha llegado a la apoteosis de la fiesta nacional. La burguesía, siempre gregaria, sigue el movimiento. Y esto es lo que debemos deplorar, porque constituye, en la forma en que se presenta, un mal gravísimo.

Mal, por dos conceptos: el primero, porque nos presta, ante el mundo, una actitud marroquí; el segundo, porque aquí dentro nos trastorna, embelesa y arrastra de modo tal, que ni hay dinero, ni atención, ni prensa para otra cosa, sino para los toros. Al decir «nos» me refiero, a España, en conjunto. Personalmente, diré que, en mi juventud, y sin que me haya hecho pizca de gracia nunca la suerte de varas, me gustó el buen toreo, entonces representado por Frasuelo y Lagartijo. Según he ido viendo la evolución de esta fiesta, que ha llegado a ser aquí lo que el Circo en la decadencia romana, confieso que ha acabado por estomagarme. Considero una idea excelente el que las españolas se uniesen para protestar contra los toros, o al menos, contra el abuso que de ellos viene haciéndose. Porque si es difícil desarraigar de un tirón costumbres tan implantadas en los pueblos, pudiera reducirse y contrarrestarse la vergonzosa importancia que las corridas han llegado a adquirir aquí. Tengo entendido que los socialistas, con muy buen acuerdo, les hacen la guerra que pueden, y que el periódico, órgano en Madrid del partido, no da noticias de corridas, ni trae esas revistas kilométricas, en que se analiza el menor lance, con alardes de caló y frases de inteligente. Y, al ver cómo, en vez de disminuir, crece la afición, deduzco que o los socialistas predicen en desierto, o también van a los toros, como los demás mortales.

Aparte de lo cual, no se debe hacer caso a las publicaciones extranjeras, sobre todo cuando recogen paparruchas de ópera cómica. Formo mal concepto de la mentalidad de unos señores que afirman, muy serios, el sadismo de las espectadoras, recreadas en la sangre, deleitándose en ella. Lo extraño del caso, su inverosimilitud, debiera hacerles reflexionar. No es posible que, de repente, se conviertan en tigres tantas mujeres que, hace una hora, espumaban el puchero o se arreglaban al espejo, y que ni son bantanas, ni furias de la guillotina. Lo sanguinario de los toros, lejos de formar parte de su encanto especial, es la objeción que suelen ponerles, las mujeres, y esto está en la naturaleza; pero los hombres, entendidos, rectifican: «Si no se pica, mujer, el toro no se quebranta; y si no se quebranta, no deja a vida un lidiador. No entendéis de eso.»

Es decir que la barbarie de la pica está en la mis-

ma esencia de la lucha, y que, si ha de haber toros, que ojalá no, picadores hacen falta, y matar caballos, con el género de muerte, bien espantoso, que allí sufren... Es decir que, una vez más, arrojar la cara importa... Y si aquí los varones no quieren arrojar la cara, la reprobación no ha de recaer sobre las hembras, que, realmente, en nada se han metido.

En otros países, no lo dudo, se formarían Ligas, Asociaciones y hasta *trusts* contra los toros. En Inglaterra, las señoras trabajan incesantemente para combatir la embriaguez y otros vicios, masculinos por lo general. Estaría perfectamente que las españolas diesen señales de reprobación ante las atrocidades de la fiesta, que ya, además de ser mortífera para los caballos, lo va siendo, en sumo grado, para el hombre, pues se pierde la cuenta de las cogidas que, relatadas al día siguiente con pormenores anatómicos y clínicos, ponen los pelos de punta y hacen competencia a los horribles detalles del asesinato (ése sí que lo es) de García Jalón. Estaría de perlas, lo repito, y hasta nos daría cierto postín ante Europa... Pero la mujer, en España, no ha empezado aún sobre todo en lo sociológico, a soltar los andadores, y si los soltase, mucho tendría que considerar, mucho que emprender. Buena la pondrían, por otra parte, los periódicos satíricos si se metiese a redentora. Y esto poco importaría, siempre que la vapuleada tuviese consigo a una parte del público siquiera. Que no la tendría, ya me lo sé yo.

De suerte que conviene armarnos de paciencia y esperar mejores tiempos, si tal esperanza cabe donde la experiencia más triste enseñó tan poco, y donde todo resbala, como el agua sobre el acero bruñido. Digan los alemanes, los franceses y los portugueses (buenos andan también) lo que gusten de nuestras corridas magnas, y de nuestras mujeres vampiros, bebedoras de sangre humana, ecuestre y taurina. Cuanto más burdo es un disparate, más lo creen, en lo que a España respecta, allende el Pirineo, sin pensar en las consabidas habas, que se cuecen en todas partes... Efectismo español... ya se sabe: mujeres fatales, de una energía tremenda, que no comprenden ni el amor ni la vida, sino cuando la arena se empapa de rojo, y la agonía hace convulsionarse a un ser que suelta las entrañas y se las pisa...

Sería pedir gollerías que siguiera, para hablar de España, se tomasen el trabajo de venir aquí algún tiempo. Porque, cuando vienen por algunos días, mucho peor que si no viniesen.

El famoso escritor francés Juan Lorrain, a quien conocí en Toledo, me divirtió superlativamente, por la manía de ver a España a través de lo convencional, en vez de tomarse el fácil trabajo de mirarla, una vez que la tenía delante. No, ¡qué caramba!, o ¡saprísti!, diría él. Si resulta que la España verdadera no se presta ni a truculentas descripciones, ni a melodramáticas aventuras, ni a ninguna de esas fantasías que tanto gusto dieron y siguen dando en París, donde aun se representan con éxito las más estrafalarias *españolades* ¿hay sino atenerse a lo de antes, y no a lo real, que tiene menos «fisonomía»?

No me dejaba Lorrain descansar, en Toledo, con la matraca de que le llevase a ver bailar un *fandango*. No valía protestar de que en mi vida había tenido la suerte de presenciar *fandango* de ninguna clase. Cuando, años después, en Loja, el Duque de Valencia, que me hospedaba, quiso que al cabo supiese lo que era un *fandango* andaluz, costóle trabajo encontrar las parejas, porque el *fandango* va perdiéndose de tal modo, que ya sólo unos viejos y viejas lo saben repicar. Lorrain creía que, por la noche, a la luz de la luna, no hay español ni española que no se arranque con su correspondiente *fandanguillo*.

Vino un momento en que mi hijo y yo deliberamos si pagar a cuatro galopines de ambos sexos para que simulasen una danza cualquiera, aunque fuese la del vientre, a fin de dar a Lorrain la impresión de una cosa archi-española, y leer después la descripción, frotándonos las manos. No lo hicimos, porque en Toledo es difícil tal *mise en scène*.

Todo eso significa que vale más tomar a risa los absurdos. Sin perjuicio de desmentirlos cuando y donde se pueda, ¡no faltaba más!, y de consolarnos de algunos males propios, con el espectáculo de la ignorancia ajena. Que ya sería hora de que se fuese disipando, porque, señores, los caminos españoles son bastante seguros, se puede venir aquí en ferrocarril, en automóvil, en aeroplano, amén de *sac au dos*, van apareciendo hoteles de primera, el Museo del Prado vale la pena, y a nadie se le pide el pasaporte... Esto no es Rusia; en la frontera, no colocan al viajero de pie, con una linterna delante, para registrarle los papeles... ¡A menos que también eso sea conseja! Porque no hay que fiarse de relatos pintorescos...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hace ya algún tiempo que el Sr. D. Telesforo de Aranzadi me ha preguntado mi opinión acerca de una noticia y sus comentarios, publicadas ambas cosas en el periódico alemán *Die Umschau*. Diversas urgentes ocupaciones me impidieron responder, hasta la fecha presente, a la cortés súplica de ese señor, y ahora voy a hacerlo desde LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, puesto que se trata de un aspecto de la vida contemporánea española tan interesante como el que más.

Desde Santander, según parece, han escrito a *Die Umschau* lo que sigue: «En junio de este año, se darán aquí las más grandes corridas vistas hasta hoy. En vez de los usuales seis toros, se lidiarán dieciocho por los más afamados espadas. La lidia empezará a las nueve, y con un intervalo de dos horas al mediodía, durará hasta las siete u ocho.»

Véase el comentario de los alemanes: «Por término medio cada toro mata, durante la lidia, tres caballos, o les desgarran el vientre, de modo que cuelgan las vísceras, por metros de longitud. Los habitantes de Santander tendrán, pues, el goce de ver ante sus ojos, y en un día, morir atormentados setenta y dos animales; es decir, se cometerán setenta y dos asesinatos. En particular, el sexo femenino cae en verdadero éxtasis en tales casos, y no se sacia de ver correr sangre. Sería tiempo de que las sociedades protectoras de animales, en todas las naciones verdaderamente civilizadas, hiciesen algo contra este horrible espectáculo popular. Harían con ello mayor servicio a la humanidad, que agitándose contra la vivisección.»

Es la observación referente a la mujer lo que más ha dolido al Sr. Aranzadi, y lo comprendo. La cosa no lleva malicia. Por eso me pregunta afanosamente qué pienso yo, que soy mujer, de tales afirmaciones, que el director de la revista sostiene, asegurando que el caso del éxtasis femenino ante la sangre y las entrañas rotas, lo ha observado directamente en Sevilla, y se lo han confirmado muchos «entendidos en la materia». Voy a explicarme, con toda seriedad e imparcialidad, porque este asunto sale a relucir frecuentemente en el extranjero, y doña Concepción Arenal ha escrito, en verso, y no sé si en prosa, una diatriba contra las mujeres que asisten a los toros, o mejor dicho, contra las damas, haciendo notar el contraste entre la sensibilidad que afectan a diario, y su insensibilidad ante el espectáculo cruel.

Tengo que empezar por el principio, afirmando que cuanto malo hagan las mujeres en este particular, no les es imputable, porque, dígame lo que se diga, las costumbres son obra del hombre. Si lo fuesen de la mujer, le serían más favorables, más cómodas. La esencial molestia y angostura de la vida femenina procede de que el hombre ha arreglado las cosas a su gusto, como el Carrizales de la novela de Cervantes, *El celoso extremeño*. Apenas comienza a alborar un poco de libertad para la mujer, en las costumbres. Digo una libertad honesta; que la otra, ya sabían tomársela en el siglo XVII, y si no léase la misma novelita encantadora del Manco, y *El prevenido engañado*, de doña María de Zayas.

Ahora bien; siendo los toros, y esto nadie me lo negará, costumbre establecida por los varones; habiendo llegado a convertirse en una especie de frenético delirio de los mismos, delirio que crece todos los días y se revela por fenómenos morbosos como el de esa corrida monstruo, no cabe dirigir cargos a la

En l  
amor, s  
to cons  
mente,  
tado, e  
chas co  
refulge  
la facil  
Una m  
pregun

De l  
món de  
tuando  
quer y  
rilla y  
ción; p  
son cor

Cuar  
saba ya  
brosa, t  
hizo, le  
ba al ci  
señarse  
de mai

años ar  
— empi  
las hor  
subía e  
de la v

niño, ci  
charla,  
leyesen  
nes y n  
algunas  
al misn

a su vi  
lla acti  
Revilla  
riguar

respon  
trer pe  
siempre  
tia la o

daba e:  
enfriar  
acuerd  
corona

ra), de  
fuerte,  
hombr  
la vida

estoy d  
vino te  
Cam

que Zc  
siglo: 2  
ción, y  
das, su

posee,  
cas, su  
poamo  
los poe

Fray I.  
so. A p  
entien  
tienen

hizo re  
no pue  
racian  
que llo  
brevd  
rezca a  
tampoc  
románt